



Miguel León-Portilla

Trece poetas del mundo azteca

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1978

262 p.

Ilustraciones y láminas

(Serie de Cultura Náhuatl, Monografías: 11)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de septiembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/trece_poetas/mundo_azteca.html

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



V. CACAMATZIN DE TEZCOCO

Gobernante y poeta de vida breve y trágica

(n. hacia 2-Conejo, 1494 – m. 2-Pedernal, 1520)

Cacamatzin fue vástago de la más ilustre de las familias de Tezcoco, bien conocida por haber dado gobernantes sabios y poetas famosos. Hijo de Nezahualpilli y nieto de Nezahualcóyotl, no es exageración pensar que el recuerdo de su abuelo y las enseñanzas de su padre debieron haber normado desde su infancia la educación de Cacamatzin y de sus muchos hermanos.

Según parece, Cacamatzin nació hacia 1494. Su padre Nezahualpilli, por muchas razones célebre en los anales, lo fue también por el gran número de mujeres que le plugo tener y por el más grande aún de hijos que trajo al mundo. Aunque, según la mayoría de los cronistas, no cuenta Cacamatzin entre los descendientes legítimos de Nezahualpilli, a pesar de ello tuvo la fortuna, que más tarde sería desgracia, de ser fruto de los amores del señor de Tezcoco con una hermana de Motecuhzoma Xocoyotzin, la señora de Xilomenco. Como sobrino directo del gran señor de los aztecas, Cacamatzin llegó a ser su protegido y al fin, por obra de él, habría de suceder a su padre como gobernante de Tezcoco.

Corroborando la idea de que parece haber sido destino de los forjadores de cantos en el mundo náhuatl vivir una doble existencia, también Cacamatzin pasó su breve vida en un ambiente en que florecían el cultivo de las artes y la gloria del poder, al igual que la traición y la tragedia. Siendo todavía pequeño supo cómo su hermano mayor, el príncipe y poeta Huexotzincatzin, había sido condenado a muerte por tener relaciones con una de las concubinas de su padre, la apodada “Señora de Tula” por sus gracias y habilidades en el arte de los cantos. Cacamatzin admiraba las grandes dotes intelectuales de su padre, a quien veía con frecuencia dialogando con los sabios, consagrado a la poesía, actuando como arquitecto



y dedicado también a la observación de los astros. Pero al conocer las diferencias ya bien manifestas entre Nezahualpilli y su tío Motecuhzoma de México, no pudo menos de sentir honda tristeza. Especialmente doloroso le fue conocer la muerte del príncipe azteca Macuilmalinatzin, hijo de su tío y esposo de una de sus hermanas, la segunda hija de Nezahualpilli, de nombre Tiacapantzin. En la versión del propio Nezahualpilli supo cómo Macuilmalinatzin había sido víctima de una perfidia inconcebible atribuida por los tezcocanos a Motecuhzoma.

Al igual que otros jóvenes miembros de la nobleza, Cacamatzin asistió al *calmécac* de Tezcoco y se adiestró después en el arte de la guerra. Al lado de su padre y de otros capitanes llegó a participar en varias campañas en las cuales supo distinguirse. En medio del esplendor de Tezcoco y del extraordinario poderío de los aztecas, viviendo en un ambiente en que se dejaban sentir ocultas hostilidades, Cacamatzin se percató de la actitud de su padre, poseído de extraña inclinación que lo llevaba a apartarse de todos. En una fecha 10-Caña (1515), cuando tenía él solamente veintiún años, tuvo noticia de que su padre se había retirado y aislado en uno de sus palacios. Muy poco después se enteraba de su muerte.

Al año siguiente, 11-Pedernal (1516), el pueblo y la nobleza de Tezcoco, y particularmente Cacamatzin y sus hermanos Ixtlilxóchitl y Coanacochtzin, vivieron días de grande agitación ante el problema de quién habría de suceder en el gobierno al difunto Nezahualpilli. Pronto abortó la discordia y pronto se dejó sentir en Tezcoco la mano fuerte de Motecuhzoma. Refiere la *Historia Chichimeca* que en ese momento el señor de los aztecas:

Despachó sus embajadores para que junto con los electores y grandes del reino diesen los votos a su sobrino Cacamatzin, pues dicen que le quería infinito, tenía edad suficiente para poder gobernar, y que en las guerras pasadas había probado muy bien su valor y era muy valeroso capitán. Y que habiéndose determinado el reino, todos los grandes y señores de él se fuesen con su sobrino a la ciudad de México, en donde quería fuese jurado como lo había sido su padre y abuelo.⁵⁴

⁵⁴ Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Historia Chichimeca* (Obras históricas), t. II, p. 330.



Cacamatzin, hijo de Nezahualpilli y desafortunado señor de Tezcoco. Gobernó a partir del año 10-Caña (1515). (*Códice Florentino*, VIII.)

A pesar de la manifiesta intervención de Motecuhzoma no se aquietaron los ánimos de los rivales de Cacamatzin. En un principio había sonado en Tezcoco el nombre del príncipe Tetlahuehuetzquitzin, pero respecto de él se llegó a la conclusión de que no era “apto para poder regir y gobernar un reino tan grande como era el de Tezcoco . . .”⁵⁵

Así la contienda se estableció finalmente entre el príncipe Ixtlilxóchitl, de quien se dice que era “mancebo de poca edad y hombre belicosísimo” y Cacamatzin que contaba con el apoyo de su hermano Coanacochtzin y sobre todo con la voluntad decidida de su tío Motecuhzoma.

En medio de la discordia Cacamatzin se trasladó a México. Allí fue coronado poco tiempo después. Frente a los hechos consumados una doble reacción se dejó sentir enseguida. Por una parte Coanacochtzin y otros varios nobles de Tezcoco reconocieron como soberano a Cacamatzin. Por otra, el príncipe Ixtlilxóchitl que tuvo por injusta y por fruto de la tiranía de Motecuhzoma la elección de su hermano, abandonó Tezcoco y se retiró al norte por el rumbo de la sierra de Metztitlan. Se ganó allí el apoyo de varios de los señoríos tributarios y reunió un poderoso ejército para atacar con él a Cacamatzin. Sólo gracias a la rápida intervención de Motecuhzoma, el cual acudió también a la fuerza de las armas, pudo regresar Cacamatzin a la capital tezcocana y repeler desde allí la amenaza que significaba Ixtlilxóchitl.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 329.



La antigua prosperidad de Tezcoco empezó a menguar. Como consecuencia de las discordias entre los hijos de Nezahualpilli el reino lamentablemente había quedado dividido. Cacamatzin retuvo la capital y las provincias meridionales; Ixtlilxóchitl, que siguió considerándose soberano legítimo, mantuvo su poder sobre los señoríos del norte, haciendo imposible cualquier forma pacífica de entendimiento.

Subsistían estas contiendas y perturbaciones cuando empezaron a llegar noticias, traídas por mensajeros provenientes de las costas del Golfo, acerca de la llegada de barcas tan grandes que parecían montañas en que venían hombres de rostro y lengua desconocidos. Más que nadie se inquietó esta vez Motecuhzoma al conocer las informaciones que sus mensajeros le traían. Los textos en los cuales se conserva la “visión de los vencidos” describen en detalle la creciente preocupación del señor de los aztecas.⁵⁶

Era ya el año 1-Caña, 1519. Las noticias acerca de los extraños forasteros que traían consigo armas que escupían fuego y bestias tan grandes que sobrepasaban a los venados, llegaron a inquietar a Motecuhzoma mucho más que las discordias en el reino de Tezcoco. Motecuhzoma hizo venir a numerosos sacerdotes y sabios para inquirir con ellos acerca de lo que podría significar la presencia de los misteriosos forasteros. Las opiniones se dividieron. Pensaban unos que se trataba del retorno de Quetzalcóatl; señalaban otros la posible llegada de enemigos capaces de quebrantar el poderío de los aztecas. En esta coyuntura, recordando tal vez Motecuhzoma que en tiempos antiguos y en ocasión de grandes calamidades, se había consultado siempre el sabio parecer de los tezcocanos, sobre todo el de Nezahualcōyotl y de Nezahualpilli, hizo venir ahora a su corte a Cacamatzin y a otros consejeros suyos, entre ellos a su hermano Cuitláhuac.

Por su misma juventud y por ser señor de un reino dividido, Cacamatzin no tenía ciertamente el prestigio de su padre o su abuelo. No obstante, Motecuhzoma quiso oír su parecer. Reunidos en México-Tenochtitlan Cacamatzin, Cuitláhuac, Motecuhzoma y otros

⁵⁶ *Visión de los vencidos, Relaciones indígenas de la conquista*, Edición de M. León-Portilla, 3ª edición, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, pp. 15-38

varios señores y consejeros, escucharon primero las noticias y descripciones sobre los hombres recién llegados por las costas del oriente. Consultados luego por Motecuhzoma sobre lo que convenía hacer, la opinión de Cuitláhuac fue que sería mejor oponérseles desde un principio y no permitir que se acercaran a la metrópoli azteca. Distinto fue el parecer de Cacamatzin. Por pensar tal vez que pudiera tratarse del retorno de Quetzalcóatl y confiando una vez más en el poderío azteca y en la sagacidad de su tío Motecuhzoma, manifestó que sería flaqueza cerrarse al contacto con esos forasteros cuyas intenciones aún no se conocían. Más valía recibirlos como a posibles embajadores de un gran rey hasta cerciorarse de cuáles eran sus verdaderos propósitos, ya que de ser éstos hostiles, fuerzas había más que suficientes para expulsarlos de los dominios aztecas.

Aunque a algunos pareció acertado el consejo de Cacamatzin, en realidad Motecuhzoma no siguió ni la opinión de Cuitláhuac ni la del señor de Tezcoco. De hecho no envió a su ejército para estorbar o impedir la venida de los forasteros, pero tampoco optó por darles la bienvenida y acogerlos desde luego en su propia corte de Tenochtitlan. Motecuhzoma, embargado por la duda, pretendió con dones y mensajes disuadir pacíficamente a los forasteros de su intento de acercarse a la capital azteca.

Conocida es la historia que relata las consecuencias de la actitud dubitante de Motecuhzoma frente a los propósitos bien definidos de Hernán Cortés empeñado en llegar hasta el corazón de los dominios aztecas. Por las crónicas y relaciones conocemos las varias actuaciones de Cacamatzin en estas circunstancias.

Había llegado la noticia de que los forasteros se habían ganado el apoyo de Tlaxcala. Era ya inminente su entrada al Valle de México. Por encargo de Motecuhzoma, y en calidad de mensajero real, Cacamatzin marchó a encontrarlos. Por el rumbo de Ayotzinco, casi en las faldas de los volcanes, Cacamatzin habló por vez primera con Cortés. Como testigo que fue, describe Bernal Díaz este encuentro ponderando la riqueza y porte de quien decían era “gran señor de Tezcoco, sobrino del gran Montezuma”.⁵⁷

⁵⁷ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 vols. Editorial Porrúa, México 1955, t. I, p. 259.



Al parecer la misión de Cacamatzin fue un último intento de disuadir a Cortés de su propósito de entrar en Tenochtitlan. El príncipe tezcocano por complacer a su tío actuó así, aunque sin éxito, en contra de lo que había sido su opinión y consejo de abrir las puertas a los recién llegados extranjeros.

Pocos días más tarde, el 8 de noviembre de 1519, tendría lugar el encuentro con “los hombres de Castilla”, recibidos a más no poder por el gran Motecuhzoma quien se hizo acompañar, entre otros príncipes por el mismo Cacamatzin y el señor de Tlacopan, Tetlepanquetzaltzin, o sea por los representantes de la llamada “triple alianza”.

Motecuhzoma hizo huéspedes de Tenochtitlan a Cortés y sus hombres. Cacamatzin regresó entonces a Tezcoco. Las contiendas con Ixtlilxóchitl estaban lejos de apaciguarse. De hecho muy pronto y con grande astucia Ixtlilxóchitl habría de aliarse con los forasteros en busca de nuevo apoyo en contra de su hermano y del mismo Motecuhzoma. Éste, casi sin darse cuenta, había llegado entre tanto a convertirse en prisionero de Cortés.

Cacamatzin, acosado por su hermano y temiendo ya por la suerte de Motecuhzoma, regresó a Tenochtitlan. Según algunos cronistas lo hizo respondiendo a un llamado de su tío; según otros, cuando se aprestaba a la lucha, cayó prisionero de la gente de Cortés. El hecho es que ya en el año 2-Pedernal (1520), lo encontramos cautivo en Tenochtitlan en compañía de Motecuhzoma y del señor de Tlacopan.

De grande aflicción fueron los últimos días de Cacamatzin. Él, que había contemplado la grandeza y el poder de Motecuhzoma, veía ahora los vejámenes de que era objeto y la triste condición en que había caído. Supo de las exacciones de oro y objetos preciosos. Finalmente, como algo que pudo parecerle un respiro, vio marcharse a Cortés que partía a hacer frente a otro grupo de forasteros (la gente de Narváez) que, según se decía, habían llegado para quitarle el mando.

Ignoraba tal vez Cacamatzin que la salida de Cortés, en vez de alivio, iba a ser ocasión de males todavía más grandes. Pedro de Alvarado se quedaba de jefe en Tenochtitlan. Triste cosa es ha-



cer recordación de crímenes pero, en hablando de Alvarado, evitarlo es imposible. No son sólo los cronistas indígenas de lengua náhuatl y más tarde también los quichés y cackchiqueles quienes lo acusan y recriminan; fueron también compañeros suyos los que en su contra depusieron cuando se le hizo juicio de residencia.⁵⁸ En relación precisamente con esta su primera entrada a Tenochtitlan se le acusó en el mencionado juicio de haber atado por pies y manos a Cacamatzin y haber ordenado que le echaran astillas encendidas y resina de pino derretida hasta que hiciera entrega del oro y los tesoros que tenía, con lo cual, según los mismos declarantes, el príncipe tezcocano estuvo a punto de morir.

El tormento sufrido por Cacamatzin fue sólo preámbulo de su postrer desgracia. Sea cual haya sido la forma como pereció Motecuhzoma, de ella tuvo conocimiento el tezcocano que en ésta debió ver un prenuncio de lo que a él le esperaba. El desenlace no se hizo esperar. Como lo refieren los informantes de Sahagún, Alvarado, aprovechando la ausencia de Cortés, quiso adueñarse por sorpresa de Tenochtitlan. Durante la fiesta de Tóxcatl, en mayo de 1520, tuvo lugar el ataque que todos conocen como “la matanza del templo mayor”.

Se ignora a punto fijo si fue entonces o pocos días después cuando murió asesinado Cacamatzin. En tanto que los cronistas hispanos sostienen que pereció en la huida que antecedió a la “noche triste”, los indígenas, entre ellos Tezozómoc, Ixtlilxóchitl y Chimalpain, afirman que murió ahorcado o víctima de cuarenta y siete puñaladas poco antes de que los hombres de Castilla abandonaran la ciudad. Triste fin de la también desafortunada y breve vida de Cacamatzin, la cual aquí hemos recordado con el propósito de comprender siquiera en parte el sentido más hondo de lo que ha llegado hasta nosotros de su obra poética.

No es una hipótesis afirmar que Cacamatzin, como su padre y su abuelo, fue también forjador de cantos. Ignoramos ciertamente en qué momento de su rápida vida comenzó el joven tezcocano a aficionarse por la poesía y, sobre todo, a componer cantos. Cabe pen-

⁵⁸ Véase *Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado*. Publicado por Ignacio López Rayón y con noticias históricas por J. F. Ramírez, México, 1847.



sar que desde su misma niñez debió de sentirse atraído al conocer las composiciones de Nezahualcóyotl y las de otros muchos poetas, entre ellas las de su propio padre. Por desgracia, de los muchos o pocos cantares que pudo haber concebido Cacamatzin, conocemos sólo una breve serie que data de los últimos tiempos de su vida.

En el folio 5 v. del manuscrito náhuatl que se conserva en la “Colección Latino Americana”, de la Universidad de Texas, hay una anotación acerca de los cantos que enseguida allí se transcriben y que dice lo siguiente:

De Cacamatzin, último rey de Tezcucó, cuando se vido en grandes trabajos acordándose del poder de sus mayores, de su padre y agüelo.

Cabe preguntarse, ¿a qué “grandes trabajos” o desgracias en las que se vio Cacamatzin se refiere la citada anotación? A nuestro parecer dos son las posibles respuestas: se alude allí a las contiendas con su hermano Ixtlilxóchitl con motivo de la sucesión al trono o quizás a los postreros y más “grandes trabajos” en que se vio Cacamatzin desde el momento en que con Motecuhzoma fue prisionero de los conquistadores. Un rápido análisis de los cantos del tezcucano mostrará por qué preferimos la segunda de las hipótesis propuestas.

Cacamatzin que tanto padeció al ser electo Señor de Tezcoco, da principio a sus cantos expresando muy hondo desengaño:

que nadie viva con presunción de realeza, el furor, las disputas sean olvidadas, desaparezcan en buena hora sobre la tierra . . .

Si a quien combatió con furor por obtener la suprema realeza, ésta ya no le importa, una probable explicación podría encontrarse en la pérdida del reino y en hallarse ya él y Motecuhzoma, su tío, como cautivos de los forasteros poderosos.

En los días de su lucha contra su hermano Ixtlilxóchitl se fiaba Cacamatzin del apoyo de Motecuhzoma. Ahora ya nada puede esperar. Por esto quizás hace extraña y bella alusión a lo que algu, nos poco antes le dijeron en el lugar del juego de pelota: “Decian-murmuraban, ¿es posible obrar humanamente, es posible actuar con



discreción?” Y añade el tezcocano: “yo sólo me conozco a mí mismo. Todos dicen eso, pero nadie dice la verdad en la tierra . . .” El poema continúa y en él se hace la descripción de una fiesta. En medio de ella irrumpe la lucha. ¿Es alusión a la fiesta de Tóxcatl, cuando Alvarado atacó a los aztecas, lo último que contempló Cacamatzin algunos días antes de su muerte? Comparemos el poema del tezcocano con la relación que de esta fiesta nos dejaron los autores indígenas a quienes hemos atribuido la “visión de los vencidos”. Dicen éstos: “se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro y los cantos son como un estrépito de olas . . .”⁵⁹

Escuchemos ahora las palabras de Cacamatzin:

Resuenan los caracoles . . . llueven las flores, se entrelazan, hacen giros . . . en el lugar donde suenan los tambores preciosos, donde se hacen oír las bellas flautas del dios precioso, del dueño del cielo . . .

Los historiadores indígenas recuerdan luego lo que entonces sucedió:

Los hombres de Castilla vienen hacia acá, todos vienen en armas de guerra . . . cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales . . . alancean a las gentes, les dan tajos, con las espadas los hieren . . . la batalla empieza, dardean con venablos, con saetas . . .

Y enseguida se deja sentir la reacción de los aztecas:

Cual si fuera capa amarilla las cañas de los dardos sobre ellos se tienden . . .

Cacamatzin por su parte nos da la que bien puede ser imagen de los mismos hechos:

Envuelve la niebla los cantos del escudo, sobre la tierra cae lluvia de dardos, con ellos se oscurece el color de todas las flores, con escudos de oro allá se hace la danza . . .

⁵⁹ *Visión de los vencidos, op. cit., p. 81.*



Y tal vez porque supo ya de la muerte de Motecuhzoma y sintió que la suya estaba cercana, Cacamatzin hace un último recuerdo de su padre y de su abuelo, Nezahualpilli y Nezahualcóyotl. Con la conciencia de quien presiente un fin inescapable y próximo, Cacamatzin termina así la tristeza de su canto:

¿Soy acaso escudo de turquesas, una vez más cual mosaico volveré a ser incrustado . . . ? ¿Con mantas finas seré amortajado? Todavía sobre la tierra, cerca del lugar de los atabales, de ellos yo aquí me acuerdo . . .

Si el poema de Cacamatzin fue concebido, según nuestra hipótesis, en los más que grandes trabajos en que se vio poco antes de morir, habría que añadir que no es inverosímil que alguno de los muchos acompañantes que tuvo hasta el fin a su lado, haya conocido y memorizado este texto, rescatándolo así del olvido y haciendo posible que llegara hasta nosotros. Sea de esto lo que fuere, los cantos tristes de Cacamatzin son postrer reflejo de su alma de poeta y de la trágica desgracia que fue la agonía de una cultura que estaba ya condenada a muerte.



“Con ellos se oscurece el color de las flores, hay truenos en el cielo . . . ” (Códice de Durán, lám. 29, tomado de *Visión de los Vencidos*, dibujo de Alberto Beltrán).



Cacamatzin Icuic

In antocnihuané,
tla oc xoconcaquican:
ma ac azo ayac in tecunenemi.
Cualanyotl, cocolotl,
ma zo ilcahui,
ma zo pupulihui,
yeccan tlalticpac.

No zan noma nehuatl,
nech on itohua in yalhua,
tlachco on catca,
conitohua, conilhuiya:
¿Ach quen tlatlaca?
¿Ach quen tlatlamati?
Ac zan ninomati.
Mochi conitohua,
am in anel in tlatohua tlalticpac.

Ayahuitzli moteca,
ma quiquitzla in ihcahuaca,
nopan pani tlalticpac.
Tzetzelihui, mimilihui, yahualihui xochitli,
ahuiyaztihuizt in tlalticpac.

O ach, yuhqui nel ye ichan,
totatzin ai,
ach in yuhqui xoxopan in quetzalli,
ya xochitica on tlaquilohua,
tlalticpac ye nican ipalnemohuani.
Chalchiuh teponaztli mimilintocan,
on chalchiuhtlacapitzohuayan,
in itlazo teotl, a in ilhuicahua,



Cantos de Cacamatzin

Amigos nuestros,
escuchadlo:
que nadie viva con presunción de realeza.
El furor, las disputas
sean olvidadas,
desaparezcan
en buena hora sobre la tierra.

También a mí solo,
hace poco me decían,
los que estaban en el juego de pelota,
decían, murmuraban:
¿Es posible obrar humanamente?
¿Es posible actuar con discreción?
Yo sólo me conozco a mí mismo.
Todos decían eso,
pero nadie dice verdad en la tierra.

Se extiende la niebla,
resuenan los caracoles,
por encima de mí y de la tierra entera.
Llueven las flores, se entrelazan, hacen giros,
vienen a dar alegría sobre la tierra.

Es en verdad, tal vez como en su casa,
obra nuestro padre,
tal vez como plumajes de quetzal en tiempo de verdor,
con flores se matiza,
aquí sobre la tierra está el Dador de la vida.
En el lugar donde suenan los tambores preciosos,
donde se hacen oír las bellas flautas,
del dios precioso, del dueño del cielo,



ihui quecholicozcatl
huihuitolihui in tlalticpac.

Cuicachimal ayahui,
tlacoch quiyahui tlalticpac,
in nepapan xochitli on yohuala ica,
ya tetecuica in ilhuicatl.
Teocuitla chimaltica
ye on netotilo.

Zan niquitohua,
zan ni Cacamatzin,
zan niquilnamiqui
in tlatohuani Nezahualpilla.
¿Cuix on motta,
cuix om monotza
in Nezahualcoyotl
huehuetitlan?
Ni quim ilnamiqui.

¿Ac nel ah yaz?
¿In chalchihuitl, teocuitlatl,
mach ah ca on yaz?
¿Cuix nixiuhchimalli,
oc ceppa nozaloloz?
¿In niquizaz?
¿In ayatica niquimilolo?
Tlalticpac, huehuetitlan,
¡niquim ilnamiqui!

(Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*,
Colección Latinoamericana de la Universidad de
Texas, fol. 5 v. – 6 r.)



collares de plumas rojas
sobre la tierra se estremecen.

Envuelve la niebla los cantos del escudo,
sobre la tierra cae lluvia de dardos,
con ellos se oscurece el color de todas las flores,
hay truenos en el cielo.
Con escudos de oro
allá se hace la danza.

Yo sólo digo,
yo, Cacamatzin,
ahora sólo me acuerdo
del señor Nezahualpilli.
¿Acaso allá se ven,
acaso allá dialogan
él y Nezahualcōyotl
en el lugar de los atabales?
Yo de ellos ahora me acuerdo.

¿Quién en verdad no tendrá que ir allá?
¿Si es jade, si es oro,
acaso no tendrá que ir allá?
¿Soy yo acaso escudo de turquesas,
una vez más cual mosaico volveré a ser incrustado?
¿Volveré a salir sobre la tierra?
¿Con mantas finas seré amortajado?
Todavía sobre la tierra, cerca del lugar de los atabales,
de ellos yo me acuerdo.

